

# *Participación política, partidos y nuevos movimientos sociales\**

Pablo Oñate\*\*

## **Resumen:**

En estas páginas se presenta un recorrido por diversas cuestiones relacionadas con la participación y la representación políticas en los sistemas políticos contemporáneos, tratando de recoger las aportaciones clásicas así como las más recientes que puedan resultar relevantes para la reflexión sobre la evolución de los modos y los mecanismos a disposición de los ciudadanos para integrar, articular, canalizar, movilizar y representar su participación política. La conclusión es un esperanzador saludo a las nuevas formas y mecanismos de participación diferenciados, así como a la diversificación de espacios y ámbitos para la acción política, cuya concurrencia no supone un cuestionamiento ni un riesgo para los sistemas democráticos representativos, sino, más bien, un elemento para desosificar sus estructuras y fluidificar su sabia democrática.

## **Abstract:**

The content of the following pages is an overview over some particular issues regarding political action and political representation in contemporary democracies. Both, seminal and recent contributions have been taken into account in order to elaborate this overview on the recent developments of the types and repertory of political action, and of the mechanisms to represent social interests and participation. The conclusion is an optimistic greeting to the new forms of political action and repertory of differentiated representation mechanisms, as well as to the diversification of spheres and fields where political action can, nowadays, be developed. The plurality, compatibility and simultaneous presence of these diversified and differentiated fields and mechanisms do not represent a threat for representative democratic systems, but, on the contrary, it must be seen and can act as a potential force for the improvement of oxidized democratic processes and structures.

**Palabras Clave:** participación política, acción política, partidos políticos, nuevos movimientos sociales, democracia, ciudadanía.

\* Este trabajo se enmarca en un proyecto financiado por el Plan Nacional Español de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica del que el autor es investigador principal (referencia BSO2003-06386).

\*\* Universitat de València, Avda. Blasco Ibáñez, 13. 46010, Valencia, España.

"The axial principle of the modern polity is participation"

Daniel Bell

## La participación política ciudadana y su reciente evolución

Hace 26 años, en 1979, vio la luz un denso volumen editado por Barnes y Kaase sobre la acción política<sup>1</sup> —la participación política, diríamos nosotros— que se convirtió rápidamente en una obra de referencia imprescindible a la hora de abordar un fenómeno que paulatinamente se estaba generalizando en las sociedades occidentales: el incremento de la participación política ciudadana más allá de lo que hasta entonces era habitual. En las páginas de las diversas contribuciones a *Political Action. Mass Participation in Five Western Democracies* los autores concluían que las transformaciones que se estaban operando en las sociedades occidentales estaban dando lugar a un nuevo paradigma político en el que se registraba un continuo incremento en las tasas de participación política ciudadana<sup>2</sup>. En un sentido similar, tres años antes Daniel Bell<sup>3</sup> había afirmado, al describir las características de la nueva sociedad postindustrial, que "el principio axial del sistema político contemporáneo es la *participación*, unas veces movilizadora y controlada [desde *arriba*], otras demandada desde la base".

No pocos autores afirmaron entonces que de ese aumento de las tasas de participación política ciudadana no se derivarían sino consecuencias negativas para las democracias occidentales, en tanto abriría la puerta a una sobrecarga del sistema y a una crisis de gobernabilidad que conduciría al declive de la democracia, por lo que era preferible que se continuara confian-

<sup>1</sup> Estos autores preferían el término "acción política" por ser más concreto que el de participación, que contiene algunos aspectos no abarcados por el primero que entre nosotros sólo aparecen cuando se usa el término *participación* adjetivado, por ejemplo, por el epíteto *electoral* (participación electoral). Hecha la advertencia, en estas páginas utilizaremos acción política y participación política indistintamente.

<sup>2</sup> Las encuestas se habían realizado en 1974.

<sup>3</sup> D. Bell, *The Coming of Post-Industrial Society*, New York, Basic Books, 1973, p. 12.

do en las elites para salvaguardar sus valores, tal y como venían defendiendo los teóricos del *elitismo competitivo* al menos desde los años 30<sup>4</sup>. Barnes *et al.* rechazaron esas consecuencias negativas del incremento de la participación, afirmando que no supondría una amenaza para la estabilidad y la gobernabilidad del orden político democrático.

Pero la singularidad de la aportación de la obra editada por Barnes y Kaase no se limitó a registrar empíricamente ese crecimiento cuantitativo en las tasas de participación política ciudadana (de participación efectiva y de demandas de participación) en las democracias occidentales, sino que se debió, fundamentalmente, a que detectaron —y aportaron incuestionable evidencia que lo confirmaba— un incremento de carácter cualitativo de esa misma participación: fueron los primeros en observar que se había ampliado el *catálogo de formas de participación política* más allá de lo convencionalmente aceptado hasta entonces como maneras legítimas para actuar políticamente. Se comenzaban a generalizar formas de acción que debían ser calificadas como "acción política" en tanto estaban orientadas a influir, reformar o cambiar el sistema, y que se caracterizaban por ser de carácter no institucionalizado, *no convencional*, directo y, en ocasiones, violento. Se trataba de formas de comportamiento que "no corresponden con las normas, leyes, reglas y costumbres que regulaban la participación política en un régimen dado"<sup>5</sup> y que, como novedad, tenían que ver con demandas no institucionalizadas, no atendidas ni tampoco adecuadamente canalizadas por las estructuras y los actores políticos tradicionales. Esas nuevas formas de acción o comportamiento político no podían ya ser incluidas en la categoría de "violencia política": *el comportamiento no convencional* o *directo* no podía ser calificado de antisistema, ya que su objetivo es *sólo* "aumentar la influencia política frente a unas instituciones que no responden, pero no instalar un gobierno alternativo"<sup>6</sup>. Ejemplos de formas convencionales de acción política podrían citarse el infor-

<sup>4</sup> Para Samuel Huntington, uno de los autores que sostenía estas posturas, los objetivos, valores e ideología de quienes demandan mayores cotas de participación estaban en las antípodas de un gobierno eficiente y bueno, propio de lo que él denominaba una "política benigna". Puede verse un desarrollo completo de sus planteamientos, en su artículo "Pos-Industrial Politics: How Benign Will It Be?", *Comparative Politics* n° 6, pp. 175 y 190 y en el libro que coeditó conjuntamente con Nelson, *No Easy Choice: Political Participation in Developing Countries*, New Heaven, Harvard University Press, 1976.

<sup>5</sup> M. Kaase y A. Marsh, "Political Action: A Theoretical Perspective", en S. H. Barnes y M. Kaase (eds.), *Political Action. Mass Participation in Five Western Democracies*, California, Sage, 1979, p. 41.

<sup>6</sup> M. Kaase y A. Marsh, "Political Action Repertory. Changes Over Time and a New Typology", en *ibid.* p., 150.

marse y discutir acerca de cuestiones políticas, trabajar para un candidato o partido, convencer a los amigos para que voten por una candidatura determinada, asistir a un mitin, contactar con un representante o autoridad política, votar... Como ejemplos de forma de acción política no convencional estos autores citaban participar en un grupo de acción ciudadana, en una manifestación, en una sentada o en un boicot, cortar o bloquear el tráfico, la desobediencia civil, ocupar edificios, encadenarse, involucrarse en huelgas ilegales, etcétera<sup>7</sup>. Al margen de esta categoría quedarían las formas de participación que se califican de *violencia política*, *terrorismo* o *vandalismo*.

Adicionalmente, estos autores descubrieron que las formas convencionales y no convencionales de acción o participación política no eran mutuamente excluyentes, como en un principio pudiera haberse deducido<sup>8</sup>: ni la acción no convencional ha sustituido a la convencional (siguen dándose ambas formas), ni quienes aceptan estos tipos de comportamiento político como legítimo, y eventualmente lo practican, renuncian por ello a acudir a las formas convencionales si consideran que con ello su acción política será más eficaz o, incluso, eficiente. La novedad en el comportamiento político de la ciudadanía de las sociedades que estos autores estudiaron radicaba, precisamente, en que se registraba una alta correlación entre quienes manifestaban una disposición a practicar formas convencionales de participación política y quienes decían estar dispuestos a acudir a formas no convencionales.

Partiendo de esa ampliación del catálogo de formas de acción política (formas convencionales y no convencionales) y de la tendencia creciente a aceptar y utilizar de manera combinada todas ellas, Kaase y Marsh<sup>9</sup> confeccionaron una tipología que actores políticos que todavía permanece vigente pese a la conveniencia de introducir en ella alguna modificación en cuanto a qué acciones son hoy calificadas como *convencionales* y cuáles como *no convencionales*. Como es obvio por su propia denominación, la clasificación de las formas de participación variará con el tiempo a medida que lo no convencional, con el uso, pueda convertirse en convencional. Así ha ocurrido con algunas de las formas de acción que en los años 70 eran percibidas como

<sup>7</sup> Acerca de las nuevas formas de participación ciudadana en las instituciones pero al margen de los canales democráticos tradicionales deben verse las contribuciones recopiladas por Joan Font en *Ciudadanos y decisiones públicas*, Barcelona, Ariel, 2001.

<sup>8</sup> M. Kaase y A. Marsh, "Political Action Repertory. Changes Over Time .... *op. cit.*, p. 137.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 154.

no convencionales. Si bien la tipología debería ser *retocada* en éste y algún otro sentido, convendrá tenerla presente como manifestación de la medida (mucho o poca) en la que ha cambiado el enfoque, en el transcurso de esos 25 años, al analizar esta cuestión. En 1979 estos autores distinguieron entre los siguientes tipos de ciudadanos:

- *Inactivos*: individuos que, como mucho, se informan sobre política en la prensa o la televisión y estarían dispuestos a firmar una petición si fueran requeridos para ello.
- *Conformistas*: personas que van bastante más lejos en la utilización de formas de comportamiento político convencional llegando, incluso, a colaborar en campañas electorales, aunque no estarían dispuestos a participar en *acciones directas*<sup>10</sup>.
- *Reformistas*: personas que participan activamente en política de forma habitual, si bien preferentemente a través de formas de acción convencional, aunque pueden acudir a las de carácter no convencional en ocasiones, siempre que sean legales.
- *Activistas*: ciudadanos que amplían su catálogo de formas de acción política al máximo, utilizando profusa y combinadamente sus distintas posibilidades y optando en algunos casos por acciones de protesta no legales.
- *Contestatarios*: son tan activos como los reformistas y los activistas, si bien no suelen recurrir a formas de participación convencional por considerarlas en gran medida institucionalizadas y, así, ineficaces (al defender un estilo de vida —y de política— expresivo).

Ese incremento de carácter cuantitativo y cualitativo de la acción o participación política —asociado a un mayor interés por la *política*, tributario a su vez del aumento de la capacidad cognitiva de la ciudadanía— nacía de transformaciones estructurales concatenadas derivadas del ingente crecimiento económico y del aumento de la intervención del Estado en los asuntos sociales (y la consiguiente disminución del conflicto ideológico de clase) experimentados desde los años 50: incremento cuantitativo y cualitativo de

<sup>10</sup> Con el término "acciones directas" esos autores se referían a acciones que entonces podrían calificarse como formas de acción política no convencional. Hoy habría que revisar este tipo, pues algunas de las formas de participación que entonces eran consideradas no convencionales deberían calificarse en nuestros días como formas de acción convencional, en tanto han sido comúnmente aceptadas como formas legítimas y "normales" de participación política. Más adelante diremos algo al respecto.

los niveles de educación, revolución tecnológica, revolución de los medios de comunicación de masas —especialmente con la expansión de la televisión<sup>11</sup>. Todas estas transformaciones estaban dando lugar a un ingente cambio histórico en las sociedades occidentales, en las que —como afirmara Bell— "las viejas relaciones sociales (que estaban vinculadas a la propiedad), las estructuras de poder existentes (concentradas en reducidas elites) y la cultura burguesa (basada en las nociones de *contención* y de aplazamiento de las gratificaciones) estaban siendo aceleradamente socavadas. Los motivos de esta convulsión (...) también son culturales, habida cuenta de que la cultura ha ganado autonomía en las sociedades occidentales".<sup>12</sup>

Efectivamente surgían nuevos conflictos que estaban en las *antípodas del conflicto de clase*<sup>13</sup> en tanto no guardaban relación con la producción o distribución de bienes escasos ni las posibles posiciones respectivas se podían vincular a una clase —o, incluso, grupo— determinada. Se trataba de conflictos cuya raigambre era crecientemente cultural, en tanto habían surgido nuevos valores que desplazaban a los puramente materialistas a la hora de configurar las preferencias y la acción política de los ciudadanos de las democracias occidentales. En este sentido de superación de las demandas y los objetivos de satisfacción de demandas de carácter material, ya Bell había afirmado unos años antes que "... el principio axial de la cultura es el deseo de realización y la mejora del self [personalidad o identidad individual]"<sup>14</sup>.

Escasamente dos años antes de que Barnes y Kaase editaran *Political Action*, Ronald Inglehart había publicado su *Silent Revolution: Changing Values and Political Styles among Westerns Publics*. En ella planteaba la *hipótesis del cambio cultural* que, básicamente, podría sintetizarse de la siguiente manera<sup>15</sup>: en las sociedades occidentales desarrolladas se vienen registrando desde los años 1940 o 1950 transformaciones estructurales manifestadas en un ingente desarrollo económico sin precedentes, una revolución tecnológica, el desarrollo y expansión de los medios de comunicación (con consecuencias directas en la comunicación política a partir de la generalización de la tele-

<sup>11</sup> M. Kaase y A. Marsh, "Political Action: A Theoretical Perspective"... *op. cit.*, p. 37.

<sup>12</sup> D. Bell, *op. cit.*, p. 37.

<sup>13</sup> C. Offe *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema, 1988, p., 196 y 197.

<sup>14</sup> D. Bell, *op. cit.*, p. 12.

<sup>15</sup> R. Inglehart, *Silent Revolution: Changing Values and Political Styles among Westerns Publics*, New Jersey, Princeton University Press, 1977, p. 3 y ss.

visión), el incremento cuantitativo y cualitativo de los niveles de educación, el aumento de la movilidad geográfica y la ausencia prolongada de experiencias bélicas para una parte creciente de la población.

Esos cambios operados progresivamente en el ámbito del sistema estaban teniendo consecuencias de dos tipos en el ámbito individual: un incremento de la capacidad cognitiva de una parte creciente de la población (en especial, de los jóvenes, socializados en las nuevas circunstancias) y, así, de sus destrezas, sofisticación y eficacia políticas; y una progresiva sustitución —a partir de determinados niveles de su satisfacción— de los valores materiales de seguridad, subsistencia y bienestar material, por valores más relacionados con la autorrealización, la autoestima, la pertenencia y, así, la calidad de vida entendida de forma más *expresiva*.

A su vez, estos cambios en el nivel individual tenían consecuencias políticas en el sistema: cambios en los temas políticos relevantes (menos relacionados con *cleavages* apuntados por Lipset y Rokkan<sup>16</sup> y más con *issues* o cuestiones monotemáticas), cambios en las bases del conflicto social (menor peso del conflicto de clase), cambios en el apoyo a las instituciones (con nuevas lealtades hacia las de ámbito supraestatal y local, en detrimento de las típicas del Estado-Nación) y transformaciones en los tipos de participación política (desarrollándose la protesta canalizada a través de nuevos movimientos sociales, en detrimento de los *viejos* vehículos de canalización de la participación política y de la capacidad de dirección de las elites).

## El nuevo paradigma político

Desde todas estas aportaciones, y las que les han sucedido avanzando y profundizando en las líneas de investigación social que abrieron, se constató el incremento de la participación política, la aparición de nuevas formas de acción política compatibles y complementarias de las *convencionalmente* aceptadas como legítimas y el surgimiento de nuevos actores políticos —organizaciones o vehículos— que articulan, canalizan y movilizan la parti-

<sup>16</sup> S. M. Lipset y S. Rokkan, "Cleavage Structure, Party Systems and Voter Alignments: An Introduction", en Lipset y Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives*, London, The Free Press, 1967, p. 14 y ss.

cipación política ciudadana complementando o, en ocasiones, suplantando a los actores que venían haciéndolo tradicionalmente. Ese cambio en los sistemas políticos es de tal calado y afecta a tantos de sus ámbitos que ha sido descrito con el surgimiento de un nuevo *paradigma político*<sup>17</sup> o una *nueva política*<sup>18</sup> que habría sustituido al viejo, en la medida en que en el nuevo paradigma

los nuevos conflictos surgen más bien en los ámbitos de la reproducción cultural, la integración social y la socialización; se dirimen en forma de protestas subinstitucionales y, en todo caso, extraparlamentarias; y en los déficits subyacentes a esos conflictos se refleja una cosificación de ámbitos de acción estructurados comunicativamente a la que ya no se puede hacer frente a través de los medios dinero y poder. No se trata primariamente de compensaciones que pueda ofrecer el Estado social, sino de la defensa y restauración de nuevas formas de vida.<sup>19</sup>

Si bien el viejo paradigma y su lógica, actores y temas siguen guiando —quizá de forma preponderante— nuestros sistemas políticos, el nuevo paradigma político ha emergido con fuerza y condiciona cada día en mayor medida y con más ímpetu la vida política. Se trata de un cambio que no tiene carácter pasajero, en tanto está firmemente enraizada en valores surgidos de transformaciones estructurales que se confirman y extienden a medida que las nuevas cohortes generacionales se socializan prioritariamente en ellos. Cuando los sistemas políticos alcanzan un mayor nivel de desarrollo (y acceden a su *modernización*), el nuevo paradigma político se hace presente en ellos, afectando casi todos sus extremos, generando sus dos efectos inmediatos que, a su vez, propiciarán muchos otros de índole política: el énfasis en los nuevos valores que apuntan a una visión distinta de la sociedad y el cambio en las bases sociales de la protesta o el conflicto.<sup>20</sup>

No en vano, los individuos que lo empujan son ciudadanos más jóvenes, más activos y apasionados respecto de las cuestiones que les interesan y movilizan, con mayor nivel educativo, mayor competencia y sofisticación políticas, y que mejor saben cómo actuar políticamente para que su acción sea eficaz. El impacto de su acción política es, por tanto, considerablemente mayor que el que correspondería a su condición minoritaria, afectando su actividad a las

<sup>17</sup> J. Habermas, *La teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus, 1987, volumen II, pp. 555 y 556.

<sup>18</sup> C. Offe, *op. cit.*, p. 169; R. Inglehart, *Silent Revolution... op. cit.*, p. 262

<sup>19</sup> J. Habermas, *op. cit.*, vol. II, p. 555 y 556. Acerca del *nuevo paradigma político* o de la *nueva política* ver, adicionalmente, R. Inglehart, *Silent Revolution... op. cit.*, p. 262 y C. Offe, *op. cit.*, p.169 y ss.

<sup>20</sup> R. Inglehart, *Silent Revolution... op. cit.*, p. 262.

osificadas estructuras del viejo orden, transformándolo o intentando transformarlo para que preste mayor atención a la ciudadanía, sea más abierto a la participación y el control colectivo y menos dirigido desde arriba.<sup>21</sup>

Pero, en todo caso, esos ciudadanos políticamente sofisticados, activos y críticos no suponen una amenaza para el orden social existente, sino más bien lo contrario: desde un punto de vista funcional, pueden suponer el catalizador que haga las oxidadas estructuras políticas más fluidificadas y abiertas al cambio social. Son los *demócratas insatisfechos* acerca de los que recientemente ha escrito Klingemann<sup>22</sup>, que intentan influir en las anquilosadas estructuras políticas del viejo sistema democrático liberal representativo para incrementar sus niveles de responsabilidad ante la ciudadanía (*accountability*), de receptividad y sensibilidad ante sus directrices, demandas e intereses (*responsiveness*) y los ámbitos abiertos a la participación colectiva socialmente activada y canalizada.

Ese cambio de paradigma<sup>23</sup> ha afectado, como digo, a prácticamente todos los órdenes de los sistemas políticos occidentales (y no occidentales, a medida que se extienden en ellos los factores estructurales que provocaron ese cambio en los más desarrollados y *modernizados*):<sup>24</sup>

- En cuanto a los temas, se ha pasado de los temas vinculados al bienestar material, a la idea tradicional de progreso, al desarrollo, al crecimiento de la producción y la distribución de bienes, al consumo y a la seguridad, propios de una política de *cleavages*, a otros nuevos, monotemáticos típicos de una política de *issues*: ecología, igualdad de sexos, identidad sexual, solidaridad, integración, cultura, tolerancia, autonomía, autoestima, autorrealización, pertenencia, desarrollo sustentable, etcétera... en definitiva, lo que Habermas denominó la "gramática de las formas de vida".

<sup>21</sup> Acerca de la mayor capacidad de esta nueva ciudadanía postmoderna para controlar y evaluar a las autoridades del sistema político con estándares más rigurosos, ver R. Inglehart "Postmodernization Erodes Respect for Authority but Increases Support for Democracy", en R. J. Dalton y M. Keuchler (eds.), *Challenging the Political Order. New Social and Political Movements in Western Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 1999 pp. 236 y 250.

<sup>22</sup> H. D. Klingemann, "Mapping Political Support in the 1990s: A Global Analysis", en P. Norris (ed.), *Critical Citizens. Global Support for the Democratic Governance*, Oxford, Oxford University Press, 1999, p. 32.

<sup>23</sup> He desarrollado más extensamente esta cuestión en P. Oñate, *Consenso e ideología en la transición política española*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998, p. 70 y ss. bajo el epígrafe "Democracia consensuada e ideología".

<sup>24</sup> J. Habermas, *op. cit.*, vol. II, p. 555.

- También ha afectado al conflicto la lucha de clase —o valores vinculados a los *cleavages*—, protagonizada por los principales agentes económicos del modo de producción, imbricado en una cosmovisión ideológica o religiosa determinada y, generalmente, aferrado a lo cuantitativo. Lo que se solía resolver mediante concertaciones y pactos ha dejado lugar a los conflictos monotemáticos, de lógica cualitativa, que no son susceptibles de ser resueltos mediante una negociación; no versan tanto sobre el *cuánto* sino más bien sobre el *qué*.
- En lo que se refiere a los objetivos de la acción, cabe decir que ya no son de un grupo en función de su ideología o intereses específicos que lo definen, sino que son de carácter potencialmente universal, o generales, no referibles a un grupo determinado.
- Las organizaciones que articulan, canalizan y movilizan la participación son distintas, por mucho que las del viejo paradigma traten de adecuarse a los nuevos aires: los partidos políticos y sindicatos comparten —si no ceden, al menos parte de— esas funciones con los nuevos movimientos sociales monotemáticos. La estructura de las organizaciones propias de la nueva política ya no es jerarquizada, rígida, burocratizada y centralizada, sino flexible, descentralizada, no jerarquizada y lo menos burocrática posible y procuran adoptar un nuevo estilo de funcionamiento más acorde con los valores de la nueva política: rotación en los puestos, no reelección o limitación de los mandatos, cuotas para alcanzar la paridad de sexos en los cargos representativos y ejecutivos, *asambleísmo* y participación extensa en las decisiones.
- El estilo de actuación también es diferente: la negociación, el pacto, el acuerdo y la eficacia como criterio de éxito bajo el paraguas de la racionalidad instrumental y estratégica han sido sustituidos por el radicalismo, el inmovilismo, la *innegociabilidad* como principio y la defensa de los principios por encima de la eficacia como criterio para la acción, al calor de una racionalidad expresiva —comunicativa—<sup>25</sup> no instrumental.
- El discurso político ha variado igualmente: los discursos incardinados en ideologías o cosmovisiones omnicomprendivas y totalizantes se han visto en parte sustituidos por discursos políticos monotemáticos, fragmentados, pluralistas y confeccionados *ad hoc*.

<sup>25</sup> *Ibid.*

- El ámbito de actuación es también distinto, en tanto en el nuevo paradigma político se rechaza el del viejo, ese ámbito público-político estatal e institucional en sus diversas formas (algo menos en la esfera local) como espacio adecuado para plantear y pretender resolver el conflicto. Se prefiere ahora la esfera *semipública*, esa esfera intermedia entre la pública-política y la privada, donde la burocratización de las estructuras estatales es inexistente o menos intensa. Este espacio *semipúblico* de la política no institucional no estaba previsto por las doctrinas ni la práctica de la democracia liberal ni del Estado de bienestar, como ha apuntado Offe<sup>26</sup>, pero bajo el empuje del nuevo paradigma se politiza progresivamente de manera no restringida por las instituciones políticas representativo-burocráticas.
- Lo que se demanda del aparato estatal-burocrático varía: ya no se solicita del Estado que "haga algo", sino que "se quede fuera"; no se exige representación sino autonomía, defendiéndose un espacio físico y/o moral, cuya integridad se considera innegociable y cuya defensa constituye la razón de ser de la unión.<sup>27</sup>
- Las bases sociales de apoyo se han alterado con la irrupción del nuevo paradigma político y la generalización de las clases medias: de unas bases claramente articuladas por la clase y la ideología se ha pasado a unas bases difusas, de apoyo inestable y débil. El apoyo a las posturas más proclives al cambio social se encuentran ahora no en la izquierda, como venía siendo habitual, sino en las clases medias más o menos acomodadas.
- Las identidades y los anclajes *identitarios* han experimentado igualmente modificaciones con el paso del viejo al nuevo paradigma políticos, dando lugar a una situación similar a aquella que Weber describió con la metáfora de la *pérdida de sentido*: atomización de las relaciones sociales, movilidad geográfica, funcional y social, deterioro y declive de las identidades tradicionales, surgimiento de otras nuevas más fragmentadas y monotemáticas. La consecuencia sería la debilidad o, incluso, la

<sup>26</sup> C. Offe, *op. cit.*, p. 174.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 67 y 68.

- inexistencia de esos anclajes identitarios que convierten al individuo contemporáneo en un *nómada del presente*.<sup>28</sup>
- También los intereses colectivos han variado: ahora son más plurales, diversificados, específicos e individualizados, por lo que dificulta considerablemente la consecución de consensos y acuerdos amplios sobre un curso de acción amplio o sobre un programa político.
  - El *tempo* político también es distinto: el *tempo* pausado, imbuido en el largo plazo ha dejado lugar a la inmediatez, a la urgencia y a la necesidad de encontrar urgente respuesta a la acción, por la premura de encontrar soluciones para los diversos temas planteados.
  - Los tipos de incentivos para la acción política son, igualmente, diferentes: de la primacía de los incentivos selectivos-materiales sobre los colectivos se ha pasado en el nuevo paradigma a la primacía de éstos<sup>29</sup>.
  - Como ya he comentado, también las formas de acción política varían: las formas convencionales se ven acompañadas —cuando no sustituidas, al menos en buena parte de la población— por las no convencionales, dirigidas no al Estado y sus aparatos institucionales burocráticos, sino a una sociedad civil politizada, crítica y activa en esa esfera semi-pública no refrenada institucionalmente.

Si se levanta la vista más allá del período para el que Lipset y Rokkan establecieron la Teoría del *congelamiento de los alineamientos políticos*<sup>30</sup> y se analizan los valores y objetivos de la acción política propios de un período anterior a la incorporación de las masas a la política (fase histórica ésta para la que Lipset y Rokkan concibieron su modelo), cabría concluir que lo que se observa en el *nuevo paradigma* no es tanto un cambio de valores sino una toma de conciencia de que los valores "modernos" no se conseguirán con los instrumentos institucionales supuestamente establecidos para ello.

<sup>28</sup> A. Melucci (ed.), *Nomads of the Present. Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, London, Temple University Press, 1989.

<sup>29</sup> En algunas organizaciones de la nueva política (nuevos movimientos sociales o partidos-movimiento) se ha apreciado ya la *tensión fundamentalismo-pragmatismo*, un proceso similar al que Panebianco (*Modelos de partidos. Organización y poder en los partidos políticos*, Madrid, Alianza, 1990, p. 114) denominó *fase de institucionalización* al hablar de las organizaciones partidistas, en la que la primacía de los incentivos colectivos es, paulatinamente, sustituida por la de los incentivos selectivos y la organización deja de ser un *sistema de solidaridad* para ser uno *de intereses* y convertirse en un fin en sí misma.

<sup>30</sup> S. M. Lipset y S. Rokkan, *op. cit.*

Analizando este cambio de paradigma desde la óptica del *proyecto inacabado de la Modernidad*<sup>31</sup>, se trataría más bien de una "crítica moderna a la modernización, que de una *antimodernizante* o *postmaterialista*, ya que tanto los fundamentos de la crítica como su contenido se encuentran en las tradiciones modernas del humanismo, del materialismo y en las ideas emancipatorias de la Ilustración"<sup>32</sup>: la crítica de la Modernidad bebe en las fuentes de la Modernidad.

## La diversificación y diferenciación de los campos y los actores para la acción política

No obstante, si limitamos el alcance de nuestro análisis al período del que se predicó el congelamiento de los alineamientos políticos (a partir de 1910), sí se aprecia el cambio de paradigma y de valores en la ciudadanía de los sistemas políticos democráticos desarrollados. Si bien hay que considerar que las consecuencias del nuevo paradigma se manifiestan en mayor medida en la arena no institucionalizada de esa esfera semi-pública de la sociedad civil y que el ámbito de actuación propio de los actores típicos de este nuevo paradigma no es la arena electoral o la competición en la esfera institucional, no es menos cierto que el nuevo paradigma y la irrupción de nuevos actores ha afectado a los previamente existentes, por mucho que estos traten de adaptarse lenta y, en muchas ocasiones, torpemente a los nuevos aires. Esos nuevos actores y discursos políticos desafían a la política formalizada e institucionalizada y al sistema de partidos haciéndoles cambiar, en bastantes ocasiones, sus pautas de competición electoral y sus lógicas de actuación, al introducir nuevos temas, provocando la reestructuración de la agenda política e introduciendo nuevas formas y estilos de participación complementarias así como nuevas lealtades y apoyos redefiniendo, en definitiva, la política institucionalizada, si bien sin suponer una amenaza para ese orden democrático representativo.

En atención a su distinto grado y forma de participación política, cabe concebir ahora una clasificación diferente de ciudadanos, con cuatro tipos

<sup>31</sup> J. Habermas, *op. cit.*, vol. II.

<sup>32</sup> C. Offe, *op. cit.*, p. 214.

(ideales) en función de la combinación de su concepción acerca del interés general (su "causa") y su opinión sobre los mecanismos institucionales del sistema político<sup>33</sup>:

- a. Ciudadanos *democrático-liberales ideales*: participan tanto mediante formas convencionales como no convencionales, dentro del marco del sistema político establecido en el que confían para la defensa de su causa.
- b. Ciudadanos *apáticos-conformistas*: son ciudadanos que tampoco participan de causas colectivas públicas o semi-públicas, relacionadas con el interés general, pero sí manifiestan un cierto apoyo al sistema político institucionalizado. Estos ciudadanos participan ocasionalmente en política, si bien son los más proclives a caer bajo la influencia de la llamada de los movimientos populistas autoritarios y xenófobos, de tendencia anti-partidista.
- c. Ciudadanos *solidarios alternativos*: tienen valores comunitarios y comparten una idea del interés general y las causas colectivas que les gustaría ver desarrollados, si bien estiman que el sistema institucional formalizado no va a propiciarlo: no confían en el entramado institucional para la defensa de lo que conciben como el interés general. Estos ciudadanos rechazan las formas de participación convencionales, canalizando sus inquietudes colectivas y comunitarias a través de mecanismos no convencionales, buscando vías de participación y de representación alternativas, no formalizadas, burocratizadas, ni institucionalizadas.
- d. Ciudadanos *abonados al privatismo político y social*: individuos que no tienen una especial concepción del interés general, no se interesan por causas colectivas públicas o semi-públicas, ni tienen una causa que defender salvo su propio bienestar particular; adicionalmente, no confían en los mecanismos institucionales del sistema político para resolver sus problemas ni, por tanto, se involucran o se interesan por ellos: no participan políticamente.

Esta tipología de ciudadanos daría lugar a algo similar a lo que Warren denominó la *diversificación de campos de acción política*<sup>34</sup>, en los que los ciu-

<sup>33</sup> Acerca de esta clasificación, véase C. Offe., "¿La desafección política como consecuencia de las prácticas institucionales? Algunas reflexiones", en R. Maiz (ed.), *op. cit.*

<sup>34</sup> M. E. Warren, "¿Qué puede significar hoy la participación democrática?", en R. Maiz (ed.), *Construcción de Europa, Democracia y Globalización*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2001, vol. I, pp. 72.

dadanos harían alternativa, simultánea o complementariamente uso de la diferenciación de los mecanismos de intermediación de intereses para la acción política.<sup>35</sup> Se habría superado, así, el marco político estatal-nacional configurado por la política estatal-formalizada, abriéndose nuevos espacios y ámbitos para la acción política al margen de los concebidos y protagonizados por el Estado, en un proceso combinado de *desnacionalización*,<sup>36</sup> diversificación y desespacialización de la política al que los ciudadanos tendrán que hacer frente desde diversas realidades, acudiendo a distintos y *diferenciados* escenarios, vehículos y formas de participación, al efecto de articular y canalizar su acción colectiva. ¿Supone ello el cuestionamiento y rechazo de los mecanismos de intermediación de intereses convencionales, provocando el declive de los partidos políticos hasta su eventual desaparición de la escena de la representación política?

Desde que se viene apreciando la manifestación de los síntomas del cambio de paradigma se está hablando de la crisis de las organizaciones que tradicionalmente articulaban, canalizaban y movilizaban esa participación al menos desde hace un siglo: las organizaciones partidistas<sup>37</sup>. En casi todas las democracias se detectan fenómenos que pueden ser claramente percibidos como síntomas de esa crisis de los partidos políticos, de los sistemas de partidos y, en general, del partidismo: actitudes de desconfianza y desafección cuando no de rechazo hacia los partidos políticos, incremento irregular pero bastante generalizado de los niveles de abstencionismo, altas tasas de fragmentación y de volatilidad en los sistemas de partidos tradicionalmente estables, incremento del fenómeno de *split-ticket*, predisposiciones menos intensas en el electorado a votar por un partido al que tradicionalmente votaba, aumento de los casos de retraso de la decisión sobre la orientación del voto hasta el último momento (elocuente de unos niveles de vinculación partidista mucho más bajos que lo que solía ser habitual), campañas más centradas en los candidatos que en los partidos, descenso en la vinculación con las actividades de los partidos, nuevos partidos políticos y surgimiento de *partidos anti-*

<sup>35</sup> H. Kitschelt, "Panoramas de intermediación de intereses políticos: movimientos sociales, grupos de interés y partidos políticos a comienzos del siglo XXI", en *ibid.* p. 364 y ss.

<sup>36</sup> H. P. Kriesi, "La transformación del espacio político nacional en un mundo globalizado", en *ibid.*, p. 224 y ss.

<sup>37</sup> Dejo deliberadamente de lado a las organizaciones sindicales en tanto las considero (a los efectos de estas páginas) organizaciones de canalización de intereses-no-inmediatamente-políticos, por mucho que en ocasiones articulen, canalicen y movilicen la acción política.

*partido*, éxito de otros actores políticos (principalmente, nuevos movimientos sociales) a la hora de articular, canalizar representar y movilizar identidades y lealtades políticas, cumpliendo con éxito funciones de integración que antes desarrollaban los partidos, etcétera<sup>38</sup>.

Todo ello serviría de aval a quienes predicán el declive de los partidos políticos, inmersos —supuestamente— en una crisis generalizada que podría acabar privándoles de casi todo el afecto de la ciudadanía. La crisis que nos interesa ahora es la provocada por el "antipartidismo cultural", profundos sentimientos anti-partido nacidos de actitudes culturales relacionadas con la socialización y la cultura política, no del descontento (coyuntural) con el *performance* de los partidos y que denominan "antipartidismo reactivo"<sup>39</sup>.

## La intermediación y la representación políticas en el nuevo paradigma político

La mayor parte de los análisis que en las últimas dos décadas han pretendido aportar alguna luz en la crisis de los partidos apuntan —como causa probable— a su alejamiento de la sociedad, en tanto habrían dejado de cumplir su papel básico de institución gozne entre la sociedad y el Estado, al haber atendido más a sus relaciones con éste en detrimento de las que

<sup>38</sup> Sobre los síntomas de la crisis de los partidos, véase, entre otros, R. J. Dalton, I. McAllister y M. P. Wattenberg, "The Consequences of Partisan Dealignment", en Dalton y Wattenberg (eds.), *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 39 y ss.; sobre la incidencia que estos fenómenos tiene entre los más jóvenes, con mayor interés por las cuestiones políticas, más y mejor educados, y con mayor sofisticación política, véase *ibid.* p. 19 y R. J. Dalton y M. P. Wattenberg (eds.), "Partisan Change and the Democratic Process", en *ibid.* p. 263.

<sup>39</sup> De forma similar a como Easton (D. Easton *A Systems Analysis of Political Life*, New York, John Wiley and Sons, 1965 y D. Easton, "A Re-Assessment of the Concept of Political Support", en *British Journal of Political Science*, n° 5, 1975) diferenciaba el *apoyo difuso* y el *apoyo específico* al sistema político o sus instituciones y autoridades, Torcal, Gunther y Montero (M. Torcal, R. Gunther y J. R. Montero, "Anti-Party Sentiments in Europe", en R. Gunther, J. R. Montero y J. J. Linz (eds.), *Political Parties. Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press, 2002 pp. 259 y ss.) entienden que el *antipartidismo cultural* implica actitudes de carácter más duradero y enraizadas en la sociedad como consecuencia de los procesos de socialización, que se deben diferenciar claramente de las más coyunturales derivadas del *antipartidismo reactivo*, provocado por la mala gestión y los resultados negativos de los partidos en las instancias de decisión —sobre todo de aquellos con responsabilidades de gobierno y en especial en relación con el manejo de la economía y la implementación de las políticas prometidas. Quienes comparten actitudes de *antipartidismo cultural* son más reacios a participar políticamente (ya sea por vías convencionales o no convencionales), votan a partidos anti-partidos, evitan el desarrollo de mecanismos de identificación con los partidos y, en general, rechazan involucrarse con asociaciones *secundarias* (vinculadas con —o en la órbita de— los partidos).

tenía con aquélla. Desde esa *nueva* ubicación los partidos habrían dejado de cumplir o ya no cumplirían en exclusiva importantes funciones de articulación, integración, canalización, representación y movilización que tradicionalmente tenían asignadas en la relación con la sociedad, y que, según algunos autores, les definía como partidos.

En los últimos años ha habido un buen número de aportaciones en esta línea funcionalista que vincula la crisis de los partidos con las funciones que realizan o han dejado de realizar. No obstante ya se han escuchado algunas voces *autorizadas* que rechazan ese enfoque que para definir qué son los partidos necesita atender a lo que hacen<sup>40</sup>. A ello se suma que las comparaciones suelen hacerse con un hipotético modelo —el de la "edad dorada de los partidos de masas"— que tiene más de ideal que de realidad y que respondía, en todo caso, a unas circunstancias sociales y políticas muy determinadas: alta movilización y conflictividad social y política, industrialización, urbanización, expansión y universalización del sufragio, polarización ideológica, etcétera. Desde entonces se ha experimentado el incremento de las funciones del aparato estatal con el desarrollo y la generalización del Estado de bienestar (en cuyo seno los partidos desempeñaron importantes funciones y acumularon considerables dosis de poder y capacidad de distribución), así como su reducción en las décadas de los años 1980 y 1990 (lo que tuvo como consecuencia que los partidos perdieron capacidad para distribuir incentivos selectivos materiales). Al tiempo, se fueron fragmentando los intereses y las demandas, diferenciándose plurales públicos a los que los partidos podían difícilmente satisfacer simultáneamente, agregando con suficiente coherencia demandas plurales en un Estado progresivamente complejo.<sup>41</sup> En todos

<sup>40</sup> Ver, por ejemplo, S. Bartolini y P. Mair, "Challenging to contemporary political parties", en L. Diamond y R. Gunther (eds.), *Political Parties and Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2001, pp. 331 y ss. o Ph. Schmitter, "Parties are not what they once were", en *ibid.*, pp. 70. Acerca de las funciones de los partidos políticos, a partir de la clásica clasificación de Key (V. O. Key, *Politics, Parties and Pressure Groups*, New York, Crowell, 1964) en funciones representativas o de agregación e integración, funciones institucionales y en relación con su propia organización, pueden verse, entre otras, las siguientes aportaciones (que no necesariamente se enmarcan en el enfoque funcionalista mencionado): R. S. Katz y P. Mair (eds.), *How Parties Organize. Change and Adaptation in Party Organizations in Western Democracies*, London, Sage, 1994; Bartolini y Mair, *op. cit.*, pp. 331 y ss.; L. Diamond y R. Gunther, "Introduction", en L. Diamond y R. Gunther (eds.), *op. cit.*, pp. XIV y ss.; R. Gunther y L. Diamond, "Types and Functions of Parties", en L. Diamond y R. Gunther (eds.), *op. cit.*, pp. 7 y ss. y R. J. Dalton y M. P. Wattenberg (eds.), "Unthinkable Democracy: Political Change in Advanced Industrial Democracies", en R. J. Dalton y M. P. Wattenberg, *op. cit.*, pp. 5 y *passim*.

<sup>41</sup> S. Bartolini y P. Mair, "Challenging to contemporary political parties", en L. Diamond y R. Gunther (eds.), *op. cit.*, pp. 333 y ss.

esos procesos los partidos han hecho gala de una enorme capacidad de adaptación, acomodándose a las nuevas circunstancias políticas y sociales y modificando las funciones que en cada caso cumplían en la respectiva sociedad y Estado.

Por otro lado, los partidos se han convertido en organizaciones complejas que están ya muy lejos de aquellos actores-organizaciones homogéneos y uniformes que hablaban con una única voz y caminaban en una sola dirección. Katz y Mair<sup>42</sup> diferenciaron, en este sentido, las distintas facetas que coexistirían en los partidos políticos en nuestros días: la faceta organizativa, la faceta institucional y la faceta social. Según intervenga en cada una de ellas, el partido tendrá (y se comportará con) lógicas, protagonistas, intereses y formas de actuación diferentes, por lo que debería precisarse en mayor medida la eventual crisis de los partidos, pues desde el punto de vista organizativo y de su presencia e incardinación en las instituciones nunca fueron tan fuertes, tuvieron tanto poder, ni su salud fue mejor que en las democracias contemporáneas. Fueron Katz y Mair<sup>43</sup> quienes —sin compartir plenamente el enfoque funcionalista para explicar la crisis de los partidos— primero pusieron de manifiesto expresamente que los partidos son hoy más un subelemento del aparato del Estado que un aparato de la sociedad civil, por lo que la mayor parte de las funciones que realizan y los vínculos que les dan sentido están relacionados con las dos facetas organizativa e institucional.

Sólo desde el punto de vista de la faceta social cabría hablar, en su caso, de la crisis de los partidos, en tanto los ciudadanos les habrían dado o les estarían dando la espalda al no sentirse bien representados por ellos<sup>44</sup>. La crisis afectaría solo, en caso de darse, a una de las facetas de los partidos, al haberse roto el hipotético equilibrio entre todas ellas, más propio, si es que alguna vez existió, de la democracia correspondiente a la época de los par-

<sup>42</sup> R. S. Katz y P. Mair, "The Evolution of Party Organizations in Europe. The Three Faces of Party Organization", *American Review of Politics*, n° 14, 1993, pp. 593 y ss.; R. S. Katz y P. Mair, "Changing Models of Party Organization and Party Democracy", *Party Politics*, n° 1, 1995, pp. 7 y ss.

<sup>43</sup> Véase, por ejemplo, R. S. Katz, "Party as a Linkage. A Vestigial Function?", en *European Journal of Political Research*, n° 18, 1990, pp. 143 y ss.; Katz y Mair, "The Evolution of Party Organizations in Europe..." *op. cit.*, p. 593; Katz y Mair, "Changing Models of Party Organization..." *op. cit.*, p. 18 y P. Mair, *Party System Change. Approaches and Interpretations*, Oxford, Oxford University Press, 1997, *passim*.

<sup>44</sup> Las funciones que habrían dejado de cumplir (o dejado de cumplir satisfactoriamente) serían —a juicio de quienes defienden la tesis de la crisis de los partidos— las de educación o formación política, simplificación de las opciones para los electores a modo de paquetes o *kits* electorales, integrar simbólicamente a la sociedad, generar lealtades basadas en anclajes identitarios consistentes y movilizar a la población articulando y canalizando su participación política, representando sus intereses fiel y adecuadamente.

tidos de masas pero no necesariamente de nuestros modernos, complejos y diferenciados sistemas democráticos. La alternativa de *refugiarse*<sup>45</sup> en esas facetas organizativa e institucional, a modo de estrategia de supervivencia en lo que venimos definiendo como un *entorno de política diferenciada*, en la que conviven —y, en ocasiones, compiten— plurales y diferenciados mecanismos de representación política, tiene graves riesgos para su legitimidad a largo plazo, más aún cuando se considera que los partidos siguen consumiendo hoy su capital político de legitimidad atesorado durante la edad dorada de los partidos de masas, cuando ofrecían a los ciudadanos identidades consistentes y alineamientos estables, les proponían programas coherentes y diversificados y constituían gobiernos sólidos y estables capaces de generar respuestas a los problemas y de resolver los conflictos económicos, políticos y sociales. Esta consideración podría obligar a reconocer, como señala Schmitter,<sup>46</sup> que la crisis de representación e intermediación de los partidos políticos es más honda de lo aparente.

No obstante, dado que muchas veces utilizamos *categorías zombis*<sup>47</sup>, quizá debemos plantearnos que lo que esté ocurriendo es no tanto un declive de los partidos tradicionales provocado por la socavación de la relación de vinculación entre partidos y ciudadanía, sino más bien lo que Kitschelt denomina el "tránsito desde los *panoramas de acción fusionados a los panoramas de acción diferenciados*".<sup>48</sup> En este tránsito los ciudadanos estarían ampliando el catálogo o menú de vehículos y formas para la intermediación de intereses en un sistema político y social mucho más complejo, expuesto a inéditos retos de gobernación democrática y en proceso de mudanza y cambio social y político que este autor denomina certeramente etapa "*post-fordista*" o del "*fin del fordismo político*":<sup>49</sup> en ella la política sería específica, momentánea, sobre temas precisos y concretos y no, como era antes, abstracta, genérica, *al por mayor*, de la que se derivaban bienes estandarizados. Hoy se demandan resultados, soluciones y bienes de calidad, diferenciados y a medida, *taylor-made*. Así, los ciudadanos ya no buscarían tanto sus

<sup>45</sup> S. Bartolini y P. Mair, *op. cit.*, pp., 336 y ss.

<sup>46</sup> Ph. Schmitter, *op. cit.*, p. 84.

<sup>47</sup> U. Beck, *Poder y contra-poder en la era global. La nueva economía política*, Barcelona, Paidós, 2004.

<sup>48</sup> H. Kitschelt, "Panoramas de intermediación de intereses políticos...", *op. cit.*, pp. 370 y ss.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 363.

productos de consumo político en las *grandes superficies*, indiferenciadas, generalistas y de trato estandarizado, sino en las *pequeñas boutiques* donde hallarán una relación y unos productos específicos y personalizados.

En la etapa del *fordismo* político, época dorada de la representación partidista, los mecanismos de representación e intermediación de intereses estaban *fusionados* con los partidos actuaban los sindicatos y los grupos de interés, formando una red inter-organizacional y territorialmente estructurada que proporcionaba incentivos colectivos y selectivos, materiales, ideológicos solidarios y culturales a sus representados al objeto de lograr ampliar el número de afiliados y robustecer su lealtad. Los actores privilegiados en esa relación eran unos partidos que fortalecían progresivamente su organización de masas y representaban los intereses alineados en las fracturas políticamente relevantes o *cleavages* derivadas de los procesos de consolidación del Estado Nación y de la Revolución Industrial<sup>50</sup>. En este escenario los partidos se acompañaban de otras organizaciones satélite de toda índole (sindicatos, grupos de interés, asociaciones culturales...) que envolvían a los afiliados a lo largo de todo su ciclo vital, *desde la cuna hasta la tumba*.

Ese panorama cambió con las transformaciones experimentadas por las sociedades occidentales a lo largo de la segunda mitad del siglo XX que atomizaron esas redes de representación e intermediación fusionada de intereses: en la política *post-fordista* la disminución de las prestaciones que el Estado de bienestar ofrece a los ciudadanos han reducido las posibilidades de los actores mediadores para incentivar a grupos específicos a los que las redes fusionadas representaban<sup>51</sup>. Los márgenes de la política se redujeron considerablemente, por lo que los programas de los distintos partidos convergieron resultando cada vez más difícil distinguirlos en muchos de sus aspectos; en el mismo sentido, las políticas partidistas estarían progresivamente más delineadas desde parámetros internacionales y supraestatales (el caso de la Unión Europea respecto de los partidos y autoridades estatales es un excepcional ejemplo de ello). Los ciudadanos más capaces, sofisticados y

<sup>50</sup> Acerca de la teoría de los alineamientos políticos en torno a *cleavages* derivados de esos dos procesos históricos véase Lipset y Rokkan, *op. cit.*, pp. 14 y ss.

<sup>51</sup> Véase el magnífico estudio de J. Blondel — "Party Government, Patronage, and Party Decline in Western Europe", en R. Gunther, J. R. Montero y J. J. Linz (eds.), *op. cit.*— sobre la incidencia del patronazgo en los modernos sistemas políticos (y su influencia en sus respectivos partidos políticos), dependiente de la relación partido-gobierno, del grado de apoyo parlamentario al gobierno de turno.

críticos, aprovechando las posibilidades de los medios de comunicación (especialmente la televisión e internet), incrementan su autonomía respecto de las organizaciones partidistas para comprender y actuar políticamente, entablando nuevas y más livianas relaciones con los líderes políticos, al margen e independientemente de las organizaciones partidistas, en una política mucho más personalizada. Los nuevos valores de unos *renovados* sistemas democráticos influyen en la manera en que son percibidas las relaciones de patronazgo que caracterizaban a la *política fordista*: hoy son consideradas corruptelas inaceptables en un sistema democrático que quiere caracterizarse por la honestidad y la transparencia. La mayor autonomía, inquietud, actividad y sofisticación política de la ciudadanía, junto con el declive de las grandes ideologías o cosmovisiones onmicomprensivas y la atomización de las redes grupales y sociales tradicionales —en la que movilidades de distinta índole tanto tienen que ver— dan lugar a que los individuos deambulen, como sofisticados *nómadas del presente*<sup>52</sup> a la búsqueda de anclajes identitarios, si bien plurales, *diversificados*, *diferenciados* y compatibles. Todos estos factores han hecho mucho más difícil para los partidos *fidelizear a la audiencia*<sup>53</sup> mediante incentivos selectivos materiales e instrumentos administrativos y, así, granjearse la lealtad de los ciudadanos tal y como lograban décadas atrás. Resulta mucho más complicado integrar a los ciudadanos en este entorno, un marco del Estado de bienestar *reconfigurado a la baja* que pretende mantener simultáneamente determinados niveles de integración, igualdad social, empleo y austeridad fiscal<sup>54</sup>.

La consecuencia de todo ello ha sido que los ámbitos fusionados de acción política se han disuelto, *diferenciándose* plurales y diversos campos y agentes de representación e intermediación de intereses a disposición de los ciudadanos y su acción política. Los sindicatos y grupos de interés se han independizado de los partidos y las redes que estos tejieron en torno suyo: si bien siguen interactuando con ellos, lo hacen desde una posición mucho

<sup>52</sup> A. Melucci, *op. cit.*

<sup>53</sup> B. Manin, *Los principios del gobierno representativo*, Madrid, Alianza, 1998.

<sup>54</sup> Ver H. Kitschelt, "Panoramas de intermediación de intereses políticos...", *op. cit.*, pp. 161 y ss. Blondel (*op. cit.*) concluye que el incremento de las relaciones de patronazgo en algunos sistemas democráticos tiene que ver con ambiciosos programas de gobierno que generan altas expectativas en la población difíciles de alcanzar.

más autónoma, que les permite *atender* mejor a sus *clientelas* respectivas y específicas<sup>55</sup>. Los nuevos movimientos sociales tienen demasiadas diferencias con las organizaciones de la política *fordista* como para integrarse con ellas: en cuanto a la estructura organizativa, las formas y estilos de intermediación, los niveles y tipos de movilización de recursos, la actitud respecto a los cauces institucionales, los tipos de demandas y objetivos colectivos sustantivos, las relaciones y la *ratio* participantes-representados-representantes, los motivos para la participación, los perfiles de las prácticas políticas, etcétera<sup>56</sup>. Apenas pueden encontrarse restos de aquellas redes fusionadas de intermediación de intereses, de "sus antiguos lazos de afiliación cruzada, elites compartidas y coordinación estratégica"<sup>57</sup>.

En este nuevo escenario de política postfordista altamente diferenciada de representación e intermediación de intereses diversificados, donde las grandes redes interorganizativas fusionadas, las *grandes superficies* han sido sustituidas por una pluralidad de las *pequeñas boutiques* que configuran ámbitos específicos y diferenciados, ofreciendo en conjunto un servicio mejor y más personalizado a consumidores más conscientes y exigentes<sup>58</sup>. Los viejos partidos políticos se configuran como *grandes super-petroleros*<sup>59</sup> en el nuevo mar integrado por una pluralidad de panoramas de acción diferenciados, un mar de conflictos altamente complejos, diversificados, específicos, individualizados. Barcos que tienen una inmensa capacidad, poder y fuerza, pero mal preparados y, así, apenas eficaces para maniobrar con la rapidez y flexibili-

<sup>55</sup> El distanciamiento que se dio en España entre el sindicato Unión General de Trabajadores y su partido "hermano", el PSOE; o entre el sindicato Comisiones Obreras y el Partido Comunista al que había estado largamente vinculado; o entre la Confederación Española de Organizaciones Empresariales y el conservador Partido Popular podrían ser buenos ejemplos en este sentido.

<sup>56</sup> Puede encontrarse un tratamiento más extenso de estas cuestiones que aquí no podemos sino apuntar en Kitschelt, "Panoramas de intermediación de intereses políticos...", *op. cit.*, p. 365 y ss. así como en Ph. Schmitter, *op. cit.*, p. 71 y en las distintas aportaciones recogidas en R. J. Dalton y M. Kuechler (eds.), *op. cit.*; E. Laraña, *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza, 1999, y VV. AA. *Los retos en la gestión de las organizaciones no lucrativas. Claves para el fortalecimiento institucional del tercer sector*, Barcelona, Gernica, 2005.

<sup>57</sup> H. Kitschelt, "Panoramas de intermediación de intereses políticos...", *op. cit.*, pp. 373.

<sup>58</sup> Las nuevas democracias tendrían la ventaja, según Kitschelt (*ibid.*, p. 364) de estar atrasadas en este sentido, al no verse lastradas por instituciones —organizaciones, procedimientos y modos— que tienden a desaparecer en las democracias de mayor solera: el panorama diferenciado de acción y representación políticas se instala y expande en ellas con mayor facilidad. También España se benefició de su condición de *latecomer* en cuanto a las características de sus partidos y sistemas de partidos. Véase, J. J. Linz, "Conclusiones finales", en J. J. Linz y J. R. Montero (eds.), *Crisis y cambio. Electores y partidos en la España de los años 80*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1986, p. 658.

<sup>59</sup> H. Kitschelt, "Panoramas de intermediación de intereses políticos...", *op. cit.*, pp. 383.

dad de una pequeña embarcación, que las nuevas condiciones exigen. Carecen de la versatilidad y flexibilidad necesarias para moverse en algunas aguas cuyas corrientes diferenciadas demandan gran celeridad y dinamismo en la maniobra, y una alta capacidad de adaptación a los requerimientos específicos del flete en cada ámbito y momento. No obstante, la variedad y simultaneidad de la actuación de la "flora y fauna",<sup>60</sup> de intermediación de intereses (de la flota, por seguir con nuestra metáfora marinera) no tiene por qué implicar la crisis de una de sus especies. Y esto ocurre en un contexto en el que florecen agentes, diferenciados, diversificados y alternativos para la acción colectiva, pequeñas embarcaciones más ágiles, versátiles y flexibles que los del viejo paradigma, y que desarrollan su actividad concertadamente o al margen de las instituciones del Estado y los viejos actores a los que pueden complementar, desplazar o suplantar en función de su mayor eficacia como modelos no burocratizados de dirección y organización de la acción colectiva, en una política con ámbitos progresivamente diferenciados.

### **Conclusión: los partidos políticos hoy: ¿crisis o transformación?**

A la luz de todas estas consideraciones, ¿es posible hablar de crisis o declive de los partidos políticos por haber dejado de cumplir funciones que tenían atribuidas y desempeñaban en sistemas políticos considerablemente diferentes a los actuales? ¿No siguen los ciudadanos confiando en esos *super-pre-toleros* o *grandes superficies*, para agregar, articular, canalizar, intermediar o representar sus intereses? ¿Están los partidos abocados a desaparecer –como instituciones sociales– al haber sido sustituidos por otros agentes no tan formalizados en el desempeño de buena parte de las funciones que venían cumpliendo? En definitiva, ¿están los partidos efectivamente en crisis o se hallan, tan solo, en un proceso de transformación y adaptación a las nuevas circunstancias políticas y sociales?

Desde luego, la evidencia recopilada por los estudios más recientes y relevantes parece confirmar que en "diferentes democracias de distinta tradición los partidos están perdiendo apoyo e implicación (*involvement*) de la ciudadanía (incluso aunque sigan siendo considerados esenciales para el sis-

<sup>60</sup> Ph. Schmitter, *op. cit.*, pp. 72.

tema político por la ciudadanía respectiva)"<sup>61</sup>; que los partidos cuentan cada vez con más competidores a la hora de articular, canalizar, representar y movilizar identidades e intereses; que los ciudadanos y militantes han sido convertidos en espectadores —miembros de la *audiencia* ciudadana—<sup>62</sup> por las modernas técnicas de marketing aplicadas en las campañas electorales y en la política en general<sup>63</sup> y que cada vez es más difícil distinguir entre los programas que los partidos presentan y ofrecen a la ciudadanía para desarrollar posteriormente las, cada vez menos, alternativas políticas públicas.<sup>64</sup>

Pero de todo ello no debe concluirse, necesariamente, que los partidos están en crisis, entendida como tendencia al declive: incluso considerando el distanciamiento que en las últimas décadas puede haberles separado de la ciudadanía, los partidos siguen siendo los principales agentes de la articulación, agregación, intermediación y representación de intereses sociales; siguen siendo las únicas entidades que realizan una agregación de intereses políticos generalizables, que materializan en programas de gobierno en los que tratan de compatibilizar los de diferentes grupos o colectivos sociales transformándolos en propuestas de medidas políticas concretas sobre las que se articulará la acción de gobierno; los partidos continúan proporcionando a los ciudadanos brújulas, claves, coordenadas y mapas para la actividad política, por mucho que no lo hagan en exclusiva o con el monopolio del que antes disfrutaban; sus candidatos y programas reciben el apoyo electoral de la mayoría de la ciudadanía; y buscan progresivamente involucrar en mayor medida a los ciudadanos en sus procesos decisorios internos, ampliando su base organizativa y las posibilidades de participar en la selección de los candidatos y la elaboración de programas<sup>65</sup>.

<sup>61</sup> Véanse Diamond y Gunther, *op. cit.*, p. XXXII y J. J. Linz, "Conclusiones finales, en J. J. Linz y J. R. Montero, *op. cit.*, pp. 291 y ss.

<sup>62</sup> B. Manin, *op. cit.*, pp. 267 y ss.

<sup>63</sup> I. Crespo, A. Martínez y P. Oñate, "¿Tienen las campañas electorales efectos sobre la decisión del elector?", en I. Crespo (ed.), *Las campañas electorales y sus efectos en la decisión del voto. Partidos, medios de comunicación y electores*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2003.

<sup>64</sup> M. L. Caul y M. M. Gray, "From Platform Declarations to Policy Outcomes. Changing Party Profiles and Partisan Influence Over Policy", en R. J. Dalton y M. P. Wattenberg (eds.) *op. cit.*, pp. 236.

<sup>65</sup> Véase al respecto, S. E. Scarrow, "Parties without Members? Party Organization in a Changing Electoral Environment", en *ibid.* p. 101; S. E. Scarrow, P. Webb y D. M. Farrell, "From Social Integration to Electoral Constestation", en *ibid.*, p.p. 134 y ss. y R. J. Dalton y M. P. Wattenberg, "Unthinkable Democracy: Political Change in Advanced Industrial Democracies", en *ibid.*, p. 266 y 268. Ni la mencionada apertura a mayor participación de la militancia (o, en ocasiones a los simples simpatizantes) ni el incremento en el *responsiveness* hacia la ciudadanía son incompatibles con el hecho de que el poder esté considerablemente más centralizado, habiendo aumentado también el derecho de veto de la cúpula dirigente en lo que Dalton y Wattenberg ("Unthinkable Democracy: Political Change...", *op. cit.*, p. 268) han denominado una *democracia más consultiva que directa*.

Si junto a ello se considera que los partidos desarrollan su actividad ante una ciudadanía políticamente más sofisticada, más capaz, más activa, más exigente, más eficaz y crítica; que lo hacen en unos sistemas en los que los medios de comunicación (a cuya actividad se suma la comunicación vía internet) son más inquisitivos y activos en el control del proceso político y sus autoridades; y en un escenario político *post-fordista* y *diferenciado*, en el que ya no tienen tanta capacidad para distribuir incentivos selectivos de carácter material con los que fidelizar como hacían en otros períodos la lealtad de sus votantes, la conclusión no puede ser sino que los partidos necesitan fomentar en mayor grado una lealtad basada en la inclusión participativa del ciudadano, a través del incremento del *accountility*, *el responsiveness* y la integración de la participación ciudadana. Pese que los ciudadanos encuentren y utilicen en los modernos sistemas políticos otros agentes no convencionales para la articulación, integración, canalización, representación y movilización de sus intereses, las organizaciones partidistas continúan siendo fundamentales mecanismos para la vinculación entre sistema político y ciudadanía<sup>66</sup>. Partidos diferentes, sí, de aquéllos del período de la supuesta *edad dorada* del partido de masas, pero adaptándose a los nuevos entornos y procedimientos políticos *diferenciados* y, en cierta medida, *desepecializados* de la nueva política, lo que en absoluto tiene por qué implicar su declive.

Nunca han sido instituciones tan fuertes como hoy son: resultan mecanismos imprescindibles en la arena institucional, reclutando y formando elites, presentando candidatos a las elecciones en todos los niveles, articulando demandas en programas políticos, propiciando la acción de gobierno y su control, elaborando leyes, implementando políticas públicas en todos los niveles (desde los supra-estatales hasta los municipales), etcétera, hasta el punto de que la democracia representativa no es concebible hoy sin partidos políticos. Ni los nuevos movimientos sociales ni los grupos de interés podrían llenar el espacio que los partidos dejarían si desaparecieran<sup>67</sup>.

<sup>66</sup> Véanse, por ejemplo, los argumentos que presentan Scarrow, Webb y Farrell, "From Social Integration to Electoral Contestation", en R. J. Dalton y M. P. Wattenberg (eds.), *op. cit.*, p. 150.

<sup>67</sup> Véase, en este sentido, las aportaciones de P. Mair, *op. cit.*, p. 90; H. Kitschelt, "Citizens, politicians and party cartelization: Political representation and state failure in post-industrial democracies", en *European Journal of Political Research*, n° 57, 2000, p.176; S. Bartolini y P. Mair, "Challenging to contemporary political parties", en L. Diamond y R. Gunther (eds.), *op. cit.*, p. 336; Ph. Schmitter, "Parties are not what they once were", en L. Diamond y R. Gunther (eds.), *op. cit.*, p. 72; D. M. Farrell y P. Webb, "Political Parties as Campaign Organizations", en R. J. Dalton y M. P. Wattenberg (eds.), *op. cit.*, p. 123 y 125; J.J. Linz, *op. cit.*, p. 315; J. R. Montero y R. Gunther, "Introduction: Reviewing and Reassessing Parties", en R. Gunther, J. R. Montero y J. J. Linz, *op. cit.*, p. 4 ss. y 27 ss. y Dalton y Wattenberg, "Unthinkable Democracy..." *op. cit.*, p. 273, entre otros.

Sentado que los partidos no están inmersos en un proceso de crisis que les esté conduciendo a un pronunciado declive (e, incluso, su eventual desaparición), parece cobrar sentido pensar en que los motivos para el eventual alejamiento entre partidos y ciudadanía se deba a otros factores, como los expresados en estas páginas en relación con las cambiantes circunstancias políticas y sociales en las que desarrollan su actividad o a la existencia de expectativas desmesuradas en la población respecto de lo que los partidos deben ser y hacer, las inconsistencias y las contradicciones que pueden señalarse en bastantes de las creencias y opiniones negativas acerca de los partidos, o al creciente número de funciones que los partidos deben desempeñar en los modernos sistemas democráticos y sus respectivas sociedades crecientemente complejas.<sup>68</sup> Tal vez conviniera, como recomienda Kitschelt,<sup>69</sup> abandonar la perspectiva *top-down*, y poner la lupa no en los partidos, sus elites y su comportamiento sino —en una aproximación desde abajo— analizar las transformaciones económicas, políticas y sociales operadas en los sistemas políticos democráticos en las últimas décadas, así como los cambios experimentados en sus respectivas ciudadanías. Desde esa óptica y a la luz de las anteriores reflexiones, no cabrá sino concluir que los partidos no están en crisis sino, en todo caso, en transformación, y que han demostrado una considerable capacidad de adaptación y *tenacidad*<sup>70</sup>; que, a juzgar por la salud que demuestran en los sistemas democráticos contemporáneos, seguirán actuando conviviendo con la actividad de otras instancias de integración y representación; y que *están aquí para quedarse*.

La ciudadanía, progresivamente más sofisticada, activa y crítica tiene, por tanto, a su disposición más instrumentos —diversificados— para canalizar sus crecientes demandas participativas en diversos espacios o ámbitos políticos diferenciados muy distintos de aquellos *ámbitos fusionados de acción política*, más propios de la primera mitad del Siglo XX. Esa conjunción de mecanismos de agregación, integración, intermediación y representación de intereses ha aparecido al calor de las transformaciones sociales de las últimas décadas o es el resultado de una considerable capacidad de

<sup>68</sup> J. J. Linz, "Parties in Contemporary democracies: Problems and Paradoxes", en R. Gunther, J. R. Montero y J. J. Linz (eds.), *op. cit.*, *passim*.

<sup>69</sup> H. Kitschelt, "Citizens, politicians and party cartelization:...", *op. cit.*, p. 175.

<sup>70</sup> H. Schmitt y S. Holmberg, "Political Parties in Decline?", en H. D. Klingemann y D. Fuchs (eds.), *The Impact of Values*, Oxford, Oxford University Press, 1995, pp. 122

adaptación manifestada por los *viejos* actores. En todo caso, se trata de un menú *ampliado*, adaptado a las plurales necesidades de los sistemas políticos contemporáneos, a disposición de una ciudadanía que lo utilizará, probablemente, de forma combinada. En todo caso, es cada vez más claro que esa variada y, en ocasiones, simultánea utilización de plurales mecanismos de intermediación y representación de intereses por parte de la ciudadanía (y sus *demócratas insatisfechos*) no supone una amenaza para el sistema democrático representativo sino, en todo caso, un factor de fluidificación de sus oxidadas estructuras. Confiemos en que los partidos políticos estén a la altura de sus ciudadanías y acierten a responder adecuadamente a los nuevos retos que estos convulsos albores de siglo les plantean.

Recibido el 11 de septiembre del 2004

Aceptado el 12 de mayo del 2005

## Bibliografía

Barnes, S. H., y M. Kaase (eds.), *Political Action. Mass Participation in Five Western Democracies*, California, Sage, 1979.

Bartolini, S. y P. Mair, *Identity, Competition and Electoral Availability. The Stabilization of European Electorates, 1885-1985*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

Beck, U., *Poder y contra-poder en la era global. La nueva economía política*, Barcelona, Paidós, 2004.

Bell, D., *The Coming of Post-Industrial Society*, New York, Basic Books, 1973.

Crespo, I. (ed.), *Las campañas electorales y sus efectos en la decisión del voto. Partidos, medios de comunicación y electores*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2003.

Dalton, R. J. y M. Kuechler (eds.), *Challenging the Political Order. New Social and Political Movements in Western Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 1990.

Dalton, R. J. y M. P. Wattenberg, *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Diamond, L. y R. Gunther (eds.), *Political Parties and Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2001.

Easton, D., *A Systems Analysis of Political Life*, New York, John Wiley and Sons, 1965.

Font, J. (ed.), *Ciudadanos y decisiones públicas*, Ariel, Barcelona, 2001.

Gunther, R., J. R. Montero y J. J. Linz (eds.), *Political Parties. Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Habermas, J., *La teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus, volumen I y II, 1987.

—————, *Problemas de legitimación del capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986.

Huntington, S. P. y Nelson, *No Easy Choice: Political Participation in Developing Countries*, New Heaven, Harvard University Press, 1976.

Inglehart, R., *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1991.

—————, *Modernización y postmodernización: El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1998.

—————, *Silent Revolution: Changing Values and Political Styles among Westerns Publics*, New Jersey, Princeton University Press, 1977.

Katz, R.S. y P. Mair, *How Parties Organize. Change and Adaptation in Party Organizations in Western Democracies*, London, Sage, 1994.

Key, V. O., *Politics, Parties and Pressure Groups*, New York, Crowell, 1964.

Klingemann, H. D. y D. Fuchs (eds.), *Citizens and the State*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

—————, *The Impact of Values*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

Laraña, E., *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza, 1999.

Linz, J. J. y J. R. Montero (eds.), *Crisis y cambio. Electores y partidos en la España de los años 80*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1986.

Lipset, S.M. y S. Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives*, London, The Free Press, 1967.

Mair, P., *Party System Change. Approaches and Interpretations*, Oxford, Oxford University Press, 1997.

Máiz, R. (ed.), *Construcción de Europa, Democracia y Globalización*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2001. Vol. II.

Manin, B., *Los principios del gobierno representativo*, Madrid, Alianza, 1998.

Norris, P. et al., *Critical Citizens. Global Support for the Democratic Governance*, Oxford, Oxford University Press, 1999.

Melucci, A. (ed.), *Nomads of the Present. Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, London, Temple University Press, 1989.

Offe, C., *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema, 1988.

Oñate, P., *Consenso e ideología en la transición política española*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998.

Panbianco, A., *Modelos de partidos. Organización y poder en los partidos políticos*, Madrid, Alianza, 1990.

VV.AA. *Los retos en la gestión de las organizaciones no lucrativas. Claves para el fortalecimiento institucional del tercer sector*, Barcelona, Granica, 2005.

## Hemerografía

Bartolini, S. y P. Mair, "Challenging to contemporary political parties", en L. Diamond y R. Gunther (eds.), *Political Parties and Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2001.

Blondel, J., "Party Government, Patronage, and Party Decline in Western Europe", en R. Gunther, J. R. Montero y J. J. Linz (eds.), *Political Parties. Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Caul, M. L. y M. M. Gray, "From Platform Declarations to Policy Outcomes. Changing Party Profiles and Partisan Influence Over Policy", en R. J. Dalton y M. P. Wattenberg, *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Crespo, I., A. Martínez y P. Oñate, "¿Tienen las campañas electorales efectos sobre la decisión del elector?", en Crespo (ed.), *Las campañas electorales y sus efectos en la decisión del voto. Partidos, medios de comunicación y electores*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2003.

Dalton, R. J., "The Decline of Party Identifications", en R. J. Dalton y M. P. Wattenberg (eds.), *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Dalton R. J. y M. P. Wattenberg (eds.), "Unthinkable Democracy: Political Change in Advanced Industrial Democracies", en R. J. Dalton y M. P. Wattenberg, *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

—————, "Partisan Change and the Democratic Process", en R. J. Dalton y M. P. Wattenberg (eds.), *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Dalton, R. J., I. Mcallister y M. P. Wattenberg, "The Consequences of Partisan Dealignment", en Dalton y Wattenberg (eds.), *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Deth Van, J. W., "Democracia e implicación: los aspectos benévolos de la participación social", en R. Máiç (ed.), *Construcción de Europa, Democracia y Globalización*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2001. Vol. II.

Diamond L. y R. Gunther, "Introduction", en L. Diamond y R. Gunther (eds.), *Political Parties and Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2001.

Easton, D., "A Re-Assessment of the Concept of Political Support", *British Journal of Political Science*, 1975.

Farrell, D. M. y P. Webb, "Political Parties as Campaign Organizations", en R. J. Dalton y M. P. Wattenberg (eds.), *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Gunther, R. y L. Diamond, "Types and Functions of Parties", en L. Diamond y R. Gunther (eds.), *Political Parties and Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2001.

Huntington, S. P., "Pos-Industrial Politics: How Benign Will It Be?", en *Comparative Politics* n° 6, 1974.

Inglehart, R., "Postmodernization Erodes Respect for Authority but Increases Support for Democracy", en R. J. Dalton y M. Keuchler (eds.), *Challenging the Political Order. New Social and Political Movements in Western Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 1999.

Kaase, M. y A. Marsh, "Political Action: A Theoretical Perspective", en S. H. Barnes y M. Kaase (eds.), *Political Action. Mass Participation in Five Western Democracies*, California, Sage, 1979.

Kaase, M. y A. Marsh, "Political Action Repertory. Changes Over Time and a New Typology", en S. H. Barnes y M. Kaase (eds.), *Political Action. Mass Participation in Five Western Democracies*, California, Sage, 1979.

Katz, R. S., "Party as a Linkage. A Vestigial Function?", en *European Journal of Political Research*, n° 18, 1990.

Katz, R.S. y P. Mair, "Changing Models of Party Organization and Party Democracy", en *Party Politics*, n° 1, 1995.

—————, "The Evolution of Party Organizations in Europe. The Three Faces of Party Organization", en *American Review of Politics*, n° 14, 1993.

Kitschelt, H., "Citizens, politicians and party cartelization: Political representation and state failure in post-industrial democracies", en *European Journal of Political Research*, n° 57, 2000.

—————, "New Social Movements and the Decline of Party Organizations", en R. J. Dalton y M. Keuchler (eds.), *Challenging the Political Order. New Social and Political Movements in Western Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 1990.

—————, "Panoramas de intermediación de intereses políticos: movimientos sociales, grupos de interés y partidos políticos a comienzos del siglo XXI", en R. Máiz (ed.), *Construcción de Europa, Democracia y Globalización*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, Vol. I, 2001.

Klingemann, H. D., "Mapping Political Support in the 1990s: A Global Analysis", en P. Norris (ed.), *Critical Citizens. Global Support for the Democratic Governance*, Oxford, Oxford University Press, 1999.

Kriesi, H. P., "La transformación del espacio político nacional en un mundo globalizado", en R. Máiz (ed.), *Construcción de Europa, Democracia y Globalización*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, Vol. I, 2001.

Linz, J. J. , "Conclusiones finales", en J. J. Linz y J. R. Montero (eds.), *Crisis y cambio. Electores y partidos en la España de los años 80*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1986.

—————, "Parties in Contemporary democracias: Problems and Paradoxes", en R. Gunther, J. R. Montero y J. J. Linz (eds.), *Political Parties. Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Lipset, S. M. y S. Rokkan, "Cleavage Structure, Party Systems and Voter Alignments: An Introduction", en Lipset y Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives*, London, The Free Press, 1967.

Listhaug, O, "The Dynamics of Trust in Politicians", en H. D. Klingemann y D. Fuchs (eds.), *Citizens and the State*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

Listhaug, O y M. Wiberg, "Confidence on Political and Private Institutions", en H. D. Klingemann y D. Fuchs (eds.), *Citizens and the State*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

Mair, P. y I. Van Biezen , "Party Membership in Twenty European Democracies, 1980-2000", en *Party Politics*, 2001.

Merkel, W. y A. Croissant, "La democracia defectuosa como régimen político: instituciones formales e informales", en R. Máiz (ed.), *Construcción de Europa, Democracia y Globalización*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, Vol. I., 2001.

Montero, J. R. y R. Gunther , "Introduction: Reviewing and Reassessing Parties", en R. Gunther, J. R. Montero y J. J. Linz (eds.), *Political Parties. Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Offe, C., "La desafección política como consecuencia de las prácticas institucionales. Algunas reflexiones", en R. Máiz (ed.), *Construcción de Europa, Democracia y Globalización*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, Vol. II, 2001.

Panbianco, A, "¿La desafección política como consecuencia de las prácticas institucionales 'neotoquevillanas'", en R. Máiz (ed.), *Construcción de Europa, Democracia y Globalización*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, Vol. II, 2001.

Scarrow, S. E., "Parties without Members? Party Organization in a Changing Electoral Environment", en R. J. Dalton y M. P. Wattenberg (eds.), en *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Scarrow, S. E., P. Webb y D. M. Farrell, "From Social Integration to Electoral Constestation", en R. J. Dalton y M. P. Wattenberg (eds.), *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Schmitt, H. y S. Holmberg, "Political Parties in Decline?", en H. D. Klingemann y D. Fuchs (eds.), *The Impact of Values*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

Schmitter, Ph., "Parties are not what they once were", en L. Diamond y R. Gunther (eds.), *Political Parties and Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2001.

Subirats, J., "Nuevos mecanismos participativos y democracia: promesas y amenazas", en J. Font (ed.), *Ciudadanos y decisiones públicas*, Ariel, Barcelona, 2001.

Torcal, M., R. Gunther y J. R. Montero, "Anti-Party Sentiments in Europe", en R. Gunther, J. R. Montero y J. J. Linz (eds.), *Political Parties. Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Warren, M. E., "¿Qué puede significar hoy la participación democrática?", en R. Máiz (ed.), *Construcción de Europa, Democracia y Globalización*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, Vol. I, 2001.

Wattenberg, M. P., "The Decline of Party Mobilizing", en R. J. Dalton y M. P. Wattenberg (eds.), *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 2002.